

La memoria alemana de la guerra en la serie *Hijos del Tercer Reich* (2013)

Igor Barrenetxea Marañón

Universidad del País Vasco

1. Introducción

No hay duda de que la televisión y las series históricas se han convertido en otro marco de referencia de enorme interés para el gran público. Su menor costo es una ventaja y su mayor capacidad de difusión, frente al cine convencional (si no en crisis sí menos competitivo que antaño) ha dado pie a la mayor demanda de esta clase de producciones.

En este sentido, la serie *Hijos del Tercer Reich* se sitúa en este renovado interés de la sociedad alemana por bucear en su pasado complejo y, por ende, traumático como fue el periodo del nazismo. Los siete millones de espectadores que captaron la atención de la misma en todo el país reflejan el interés que marca, y sigue marcando, todavía, este amargo y trágico pasado.

Hijos del Tercer Reich explora una vertiente que se abrió ya en el filme *Stalingrado* (1993), de Joseph Vilsmaier (I. Barrenetxea, 2012) y la filmografía posterior: la búsqueda de una memoria perceptiva y equilibradora de la guerra y la interiorización de una culpa colectiva por los crímenes del nazismo, nunca sencilla de alcanzar. El cine o la memoria audiovisual ha abordado muchos temas controvertidos y críticos respecto a la memoria particular que las sociedades sostienen de ciertos hechos, a veces, siguiendo las líneas historiográficas o bien ofreciendo otras nuevas. *Hijos del Tercer Reich*, cuyo título original en alemán se traduce como *Nuestras madres, nuestros padres*, se presenta como un retrato generacional de unos jóvenes alemanes (hombres y mujeres) que padecieron la contienda. Es la historia de cómo cinco amigos fueron empujados a su vorágine, cómo la vivieron y de qué manera sus personas cambiaron a raíz de las experiencias a las que se enfrentaron. Así, la ficción tiene, con todo, la capacidad de hacernos sentir en primera persona cómo se vivía el temor, el miedo, las dudas morales, la alegría, las pasiones y afectos, en definitiva, las experiencias aparentemente reales que nos permiten reproducir y recrear (en un imaginario más o menos compartido) un universo que no hemos vivido, haciendo que lo veamos como que ocurrió de verdad (M. Ferro, 1995). Su aceptación o no, su logro, en otras palabras, su recepción y sus críticas establecen su consecución o no. Y ello nos conduce, sin duda, a establecer siempre una “nueva relación con el pasado” (R. A. Rosenstone, 1997, p. 20).

2. Barbarroja, la invasión de la URSS¹

La miniserie, compuesta por tres capítulos², y que contó con un presupuesto de 14 millones de euros (con exteriores en Lituania y Estonia) da comienzo en el inicio de la operación Barbarroja,

¹ Título original: *Unsere Mütter, unsere Väter* (Generation War) (TV), 2013, Alemania Duración: 270 min. Director: Philipp Kadelbach. Guión: Stefan Kolditz. Música: Fabian Römer. Fotografía. David Slama. Reparto: Volker Bruch (Wilhem), Tom Schilling (Friedhelm), Katharina Schüttler (Greta), Miriam Stein (Charlotte), Ludwig Trepte (Viktor), Mark Waschke (Dorn), Christiane Paul (Lilija), Henriette Richter-Röhl (Hildegard), Götz Schubert (Jahn), Sylvester Groth (Hiemer); Maxim Mehmet (Hauptmann Feigl) Bernd Michael Lade (Feldweibel Krebs). Alina Levshin (Alina) y Lucas Gregorowicz (Jerzy). Premios: 2013: Satellite Awards: Nominada a mejor miniserie o telefilm.

² Los tres capítulos son: *Otra época* (22 de junio de 1941 hasta diciembre de ese mismo año), *Otra guerra* (se inicia en la batalla de Kursk, julio de 1943 hasta finales de ese año) y *Otro país* (que abarcaría desde 1944 hasta el fin de la guerra)

el 22 de junio de 1941, la invasión de la URSS por parte de la Wehrmacht (el ejército alemán) y sus aliados. La historia se teje al calor de la relación de cinco amigos, dos hermanos, el teniente Wilhem y el soldado Friedhelm, dos chicas, Charlotte y Greta, y un judío, Viktor, que se comprometen a reencontrarse después de la guerra. Han crecido juntos y cada uno de ellos destila la frescura de una juventud en la que creen que un mundo nuevo, en cierta manera, se abre ante ellos. Pero verán como este se destruye, así como sus sueños y sus propias esperanzas futuras.

A finales de 1940, tras haber derrotado a Francia y aislar a Gran Bretaña, Hitler tomó la decisión de invadir la URSS. El Führer predijo que en nueve o doce semanas el coloso ruso se derrumbaría. Para ello, congregó un enorme ejército dispuesto a acabar con el infravalorado Ejército Rojo y, de esta manera, dar el toque final al Reich de los mil años.

Ahora bien, la campaña no solo se diseñó desde un punto de vista estratégico para la conquista de un espacio vital que constituyera el Tercer Reich sino, en esencia, como una *guerra racial*. El desprecio que sentía Hitler por las razas eslavas y los judíos, en ese fanatismo irreverente y brutal, influiría, asimismo, en la Wehrmacht. No iba a contemplarse como una contienda convencional: era una *guerra de exterminio* con el denostado *judeobolchevismo* (concepto acuñado en 1918) (M. Jones, 2012; Mark Mazower, 2008; L. Reed, 2005 y M. Burleigh, 2002).

Las cifras estimadas del balance trágico de esta confrontación así nos lo demuestran: veinte millones de seres humanos fallecieron, diez millones vinculados con la acción bélica (militares y civiles incluidos) y otros diez por causa directa de las políticas homicidas y exterminio perpetradas por los alemanes y sus colaboradores (unos cinco millones de judíos y tres de prisioneros de guerra) (A. Beevor, 2012, p. 266 y T. Snyder, 2011, p. 193). A tal fin, sin asumir el deber moral ni la obligación de respetar la Convención de La Haya ni cualquier garantía de derechos humanos, los alemanes entraron como un ejército conquistador, ocupando un vasto territorio que debido a su *presunta* superioridad racial consideraban tener derecho a hacerlo suyo. Esta perspectiva brutal y descarnada hay que tenerla muy en cuenta en el retrato que se lleva a cabo de la campaña de Rusia en la serie. Pues, como señala J. Bourke (1999, pp. 227-228), “los crímenes atroces estaban ligados al proceso de deshumanización. El argumento de la deshumanización se compone de dos elementos: por un lado el combatiente deja de ser una persona *civilizada*; por otro, el enemigo deja de ser humano”. Sin embargo, una vez acabada la contienda, surgiría una literatura militar en la que se encubrió la implicación y responsabilidad en los crímenes cometidos durante la guerra por la Wehrmacht. Y no fue hasta los años 90 cuando se mostró, en una polémica exposición, “Crímenes de la Wehrmacht” (1995), organizada por el Instituto para la Investigación Social (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, pp. 123-124), la activa participación de esta en los planes homicidas del nazismo. La serie está muy influida por esta revisión que se ha hecho en Alemania de la memoria de la guerra.

3. La ideología y la moral del soldado

El 22 de junio de 1941, día en el que se inició Barbarroja, había transcurrido poco más de un año del inicio de la guerra y las bajas y los horrores del conflicto no eran visibles todavía en Alemania. Esa sensación se respira en la presentación de los cinco amigos en las primeras imágenes cuando brindan, en el local donde trabaja Greta, por encontrarse de nuevo juntos en Navidad.

Crean, con ingenuidad, que la guerra durará poco tiempo. Se equivocarán.

La presentación de los protagonistas se lleva a cabo de una forma un tanto abrupta, no sabemos nada de ellos antes, tampoco se nos perfilan sus ideas y sentimientos ¿Cuál ha sido su educación y sus valores en la sociedad nazi? Wilhem, como oficial, solo aspira a cumplir con su deber. Friedhelm, su hermano, tiene una opinión negativa de la campaña y de la guerra. Charlotte es, en cambio, una patriota entusiasta que se presenta voluntaria como enfermera mientras que Greta, camarera, solo desea triunfar como cantante. Finalmente, queda Viktor, que como judío, aunque aceptado por sus amigos, solo puede sentir un relativo alivio porque por su condición no puede ser llamado a filas. Pero eso no le evitará padecer otros horrores. En este apartado, nos centraremos, sobre todo, en las experiencias de Wilhem y Friedhelm en el frente.

Aunque la serie recrea bien este ambiente de euforia colectiva proveniente de las victorias militares previas a Barbarroja, no ahonda en como la conciencia alemana fue adquiriendo, en

millones de ciudadanos, las connotaciones de una “moral nacionalsocialista” (Sönke Neitzel y Harald Welzer, 2012, p. 48)³. Le falta, en suma, en este arranque, explotar esa vertiente sociológica de cómo se respiraba en las calles de Alemania ese sentimiento y de qué manera influyó en la juventud y la sociedad la guerra. Hasta ese momento esta había sido aparentemente demasiado fácil, rápida e incruenta, incluso ni se pensó siquiera en la posibilidad de que la invasión de la URSS pudiera convertirse en una campaña de larga duración. Aunque eso no evitase que “la cadena de mando y la propaganda prepararon la guerra de exterminio” (W. Wette, 2006, p. 105).

De hecho, los vínculos entre el ejército y el nazismo se iniciaron pronto. En 1934, el entonces ministro de Defensa, general Blomberg, ordenó incorporar al uniforme reglamentario el distintivo del NSDAP, la cruz gamada, y se insertó, antes incluso de la entrada en vigor de las leyes de Nuremberg (1935), la *limpieza aria* de los soldados y oficiales del propio ejército que, en mayor medida, salvo leves protestas, no trajo consigo una reacción negativa del estamento militar. Después de todo, el énfasis militarista de honor, camaradería, entrega, arrojo y valor casaban con los que el nazismo predicaba, una mitificación que hacía del sentido de la guerra como aquella en la que los mejores sobrevivían y era saludable para la comunidad nacional (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, p. 61 y W. Wette, 2006, pp. 81-85). El nazismo no solo fue una ideología totalitaria sino que, como bien apunta Burleigh (2002, pp. 29-52), se convirtió en todo un *fenómeno* que impregnó el conjunto de los estratos de la sociedad. La identificación del partido nazi con los valores del país venían atrapada en esa misma línea en el mito de Hitler como *Führer* (I. Kershaw, 2003). Para 1942, la ideología era tal que el deber de todo oficial, además de servir a la patria, era convertirse en un ferviente antisemita. Fue de tal índole esta política que varios oficiales fueron apartados del servicio por su amistad pública con judíos. Era algo que la propia Wehrmacht no iba a tolerar y eso incluía a oficiales de alta o baja graduación como Wilhem. Sin embargo, eso no significó que la penetración del nacionalsocialismo en la Wehrmacht fuera total y absoluta, porque no fue así. No todos estaban dispuestos al *fanatismo* y al *sacrificio* absoluto, conceptos vinculados a esta ideología aunque, por desgracia, muchos sí estuvieron cegados por su seducción (W. Wette, 2006, pp. 149-152).

Al inicio de Barbarroja, gracias a los rotundos éxitos cosechados contra el Ejército Rojo, en la Wehrmacht prevaleció un sentimiento entusiasta empujados por la firme convicción de acabar con un enemigo tan *despreciable* como era el *bolchevismo* (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, pp. 209-212). Así, en la serie, a medida que la unidad (Galgo) de Wilhem y Friedhelm avanza y se interna en la gran estepa asiática, los compañeros expresan su convicción de querer retirarse allí y explotar sus granjas, reflejando, con ingenuidad, esa perspectiva nazi de valorar sus conquistas como un lugar donde impulsar una colonización germana de esas tierras (T. Snyder, 2011, pp. 198-203). Pero transcurrido un tiempo la unidad (y el ejército alemán) es detenido a las puertas de Moscú (noviembre de 1941), las promesas de Hitler de que el imperio soviético se vendría abajo se desvanecen, y Wilhem es el primero que empieza a ser consciente de que la contienda no tiene visos de acabar pronto ni de forma heroica. Si bien su actitud negativa, de hartazgo por la guerra, es prematura ya que, en general, la moral permaneció bastante alta entre la tropa. Solo a partir de la derrota en Stalingrado (enero de 1943) se empezaron a mostrar los primeros signos de debilidad y a cobrarse verdadera conciencia de que Alemania podía perderla (A. Beevor, 2000, pp. 359-363).

La serie radiografía con acierto algunos aspectos de la vida militar donde era casi imposible distinguir entre aquellos que eran nacionalsocialistas de aquellos que eran antinazis a la hora de cumplir con su deber para con Alemania. Pues, a fin de cuentas, “la valentía seguía siendo valentía independientemente de si con ello se quería hacer una aportación al nuevo orden de aquellos nacionalsocialistas de Europa o la preservación del honor de la Wehrmacht” (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, p. 349), con un comportamiento propio de los códigos de conducta de un buen patriota alemán. De hecho, Schneider, integrante de la unidad y nazi convencido, da a Friedhelm una paliza por considerarlo un cobarde al haber delatado su posición, una noche en la que este se encontraba de guardia, provocando que un bombardero ruso machacara sus posiciones y, en cambio, no lo hará por criticar sus teorías racistas. Los soldados alemanes tampoco eran santos, vivían sus propias tensiones pero, en este sentido, el hecho de que sea nazi o no apenas si cambia

³ No en términos de degeneración moral sino de construcción de una nueva definición de pueblo y comunidad nacional.

en el hecho de que lo que se valora es el deber. Y eso es lo que hace que Friedhelm cambie, a partir de la paliza, porque se le endurece el carácter, dejando de ser el soldado frágil y sensible para convertirse en un *auténtico guerrero*, frío y racional. La guerra les iguala, les deshumaniza.

Del mismo modo, en la trama también se retratan las *órdenes* criminales que, como he señalado, se impartieron entre la tropa (luego, están las de exterminio, analizadas en el epígrafe siguiente). Así, a este respecto, cabe destacar la escena en la que se muestra la implicación que tuvo la Orden de los comisarios del 6 de junio de 1941, en la que Hitler, con aquiescencia del alto mando militar, validó asesinar *in situ* a los miembros del Partido Comunista que cayeron en sus manos. Por ello, Wilhem se ve obligado a asesinar a sangre fría a un comisario político que han hecho prisionero durante una operación en unos edificios (capítulo primero). Por un lado, este suceso muestra la empecinada resistencia de los soviéticos y, por otro, la codificación de una criminalidad que nada tenía que ver con las prácticas de la guerra corrientes, respecto a los prisioneros de guerra.

Aunque Wilhem ha tenido que luchar a muerte con él por su vida y ha perdido varios hombres en la liza, en el fondo respeta al comisario soviético cuando lo hace prisionero, porque considera que ha sido un enemigo valiente y aguerrido (le ofrece un último cigarrillo). Incluso, se suavizan los hechos, porque Wilhem impide a un subordinado darle muerte y lo conducen a la retaguardia para ser interrogado, cuando podía haberlo asesinado inmediatamente. La orden que, desgraciadamente, tantos oficiales cumplieron sin miramientos, es el ejemplo más significativo de las *órdenes criminales* impartidas por el OKW (Alto Estado Mayor de la Wehrmacht) a lo largo de la guerra y su vinculación con el nazismo. Aunque algunos oficiales la consideraron que iba contra su honor o que eso animaría a una resistencia mayor de los soviéticos, no hubo, en general, tampoco una oposición frontal a la directriz contra los comisarios, puesto que se consideró *útil*. Unos 2.252 comisarios fueron asesinados por ello, aunque seguramente fueron muchísimos más (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, pp. 167-168; T. Snyder, 2011, p. 244 y M. Burleigh, 2002, pp. 559-562).

Wilhem, cuando se ve obligado a tener que ejecutar al comisario, lo hace porque ha de cumplir con su deber, pero con un gesto contrariado al creer que es injusto, no porque crea en ello, sino porque no le queda otro remedio. La obediencia era capaz de forzar una acción criminal. Si bien, eso le marca moralmente, ya que empieza a comprender que esta lucha no es una guerra convencional. Aunque la escena se presenta de un modo incidental, tiene su importancia porque rompe de forma frontal con esa leyenda de la *Wehrmacht limpia*, pergeñada por la historiografía militar de los años 50 y se observa esa nefasta influencia del nazismo (W. Wette, 2006, pp. 259-266).

Del mismo modo, según trascurren los acontecimientos, se nos muestra la inhumanidad de la guerra y la perversidad de la propaganda. La unidad de los hermanos Winter cada vez sufre más bajas, lo que dará muestra de la diferencia de actitudes entre los veteranos y los jóvenes reemplazos que, con total ingenuidad, aún creen en la victoria. Estos aspectos, aunque les falta profundidad, son los más importantes ya que constituyen una memoria autocrítica de lo que fueron las ilusiones que impregnaron a la tropa atrapadas por esa visión pseudo-romántica del conflicto. Solo Friedhelm es el único que parece observar que la guerra no es un “deporte” (J. Bourke, 1999, p. 22) ni un *juego*, sino una realidad que les iba a acabar por marcar a todos, no para bien, precisamente. Y que, incluso, como afirmará proféticamente, tras el asesinato del comisario soviético, que estos aprenderán de *estos métodos*, dejando claro que no está de acuerdo y estableciendo la responsabilidad en los alemanes sobre el origen de este tipo de comportamientos.

Por otro lado, aunque se hace referencia a la relación de la población local y los alemanes, se incide poco en el retrato del maltrato dispensado por la Wehrmacht a una población que les recibió (es una flaqueza de la serie), en algunos casos, con alegría, aunque pronto sufrió la tremenda brutalidad del ejército ocupante, en ese desprecio generalizado sobre las poblaciones eslavas (M. Mazower, 2008, pp. 219-221). De hecho, de los catorce millones de civiles muertos en el Este, la mitad de ellos murieron por inanición, en otras palabras, por hambre, y otros miles por represalias indiscriminadas y otros horrores que vinieron dados por una marcada crueldad (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, p. 69 y T. Snyder, 2011, p. 17). Como señala Burleigh, la necesidad de mantener una rígida disciplina derivó en permitir una “virtual licencia” (2002, pp. 565-566) para actuar de forma impune con la población que, por otro lado, formaba parte de un pueblo considerado *inferior*.

Esto se muestra cuando en un momento dado de la ofensiva contra Moscú (capítulo primero), la unidad de Wilhem y Friedhelm se queda bloqueada en una zona pantanosa que se encuentra minada. Solo pueden retroceder y rodear la marisma pero eso implica el tener que perder un tiempo que consideran valioso para cumplir su objetivo. A Friedhelm, que ha dejado de ser ese adolescente inmaduro y reticente a combatir, se le ocurre enviar por delante a los civiles rusos que retienen para que abran camino y, de esta manera, continuar avanzando. A pesar de que esa fría postura de su hermano sorprende a Wilhem, este acepta. La *necesidad* militar conduce a su decisión, utilizando a civiles como escudos humanos, rompiendo con las reglas de la guerra (y convirtiéndose en un crimen). Friedhelm ha perdido el sentido moral de lo que hace, todo por ese enfático esfuerzo por sobrevivir a cualquier precio, provocando en él un terrible vacío humanista.

Así, tal como explica Snyder, poco a poco, “las drásticas condiciones de la guerra acercaron aún más a la Wehrmacht a la ideología del nacionalsocialismo” (2011, p. 219).

Sin duda, Friedhelm es quien mejor representa este acercamiento a esta *moral nazi*.

Sin embargo es, principalmente, el amargor de Wilhem el que impera en la trama, es el narrador de la historia, encarnando a aquellos sectores minoritarios del Ejército críticos con el desarrollo de la contienda. Aunque no debemos olvidar que aquellos oficiales antinazis, en modo alguno descuidaron su deber y consideraban la lucha contra el denostado comunismo una obligación para salvar a Europa de la barbarie comunista (W. Wette, 2006, pp. 26-27 y M. Burleigh, 2002, p. 560). Wilhem encarna a aquellos hombres desilusionados por la cruel guerra.

A partir del capítulo segundo, los roles de los hermanos van a cambiar, durante la batalla de Kursk (A. Beevor, 2012, pp. 661-684). Wilhem ya no creerá en la victoria, la promesa de que la nueva ofensiva hará que la suerte de la guerra cambie la estima falsa y empieza a dudar, viendo como su unidad es sacrificada en aras de un objetivo sin ningún valor militar, una estación de telégrafos en una urbe en ruinas. Explicará, en voz en off, lo que nos permite contextualizar los hechos (en una intencionada elipsis), que los aliados han desembarcado en Sicilia (10 de julio de 1943); que la Luftwaffe ya no puede darles cobertura aérea por falta de combustible y no cuentan con refuerzos. Es el declive absoluto de la Wehrmacht, aunque es destacado comprobar que solo se menciona una vez la derrota de Stalingrado, a pesar de lo mucho que significó para la moral en el frente y la retaguardia (A. Beevor, 2012, pp. 685-710 y P. Fritzsche 2009, pp. 267-269). Es como si se hubiese querido evitar señalar su tremendo significado negativo. Fue el punto de inflexión, el instante en el que la sociedad alemana se dio cuenta de que podía perder la guerra. Aún así, la moral no se vino abajo sino que se continuó apoyando al régimen incondicionalmente.

La desilusión de Wilhem representa a aquellos sectores del ejército resignados. En cambio, su hermano Friedhelm se ha convertido a estas alturas en un veterano descreído hace tiempo que trata con acritud a los nuevos reclutas, nada le asombra ya, para él no son más que “ganado para el gran matadero. Hoy somos héroes y mañana cerdos”. Friedhelm sostiene un realismo funesto sabedor de que están solos frente a la espiral de violencia. Por eso, cuando hieren a Wilhem en una confrontación con los rusos, y Friedhelm cree que ha muerto, algo se rompe en él, y deja de prestar atención a su propia supervivencia, algo que antes tanto le preocupaba, lanzándose a la desesperada de forma suicida para tomar la posición rusa por la que se ha sacrificado su hermano.

Su salvaje ataque le lleva a acabar con los soldados enemigos y tomar la estación de telégrafos, un edificio en ruinas, junto a otro soldado bisoño, Martin. Ahí pasan solos la noche, aguardando unos refuerzos que no llegarán, hasta que a la mañana siguiente un francotirador mata a Martín, en un descuido, y Friedhelm retornará a las líneas alemanas.

En la conversación que sostienen el pobre Martin y Friedhelm esa noche, se desvela la manera indolente de ver el mundo del soldado veterano. “¿Cómo se puede llegar a ser así?”, le espeta Martin a Friedhelm, admirado por su actitud durante el combate. A lo que este contesta: “Resistiendo la tentación de parecer humano”. Y añade, poco después, que “un buen soldado es cobarde y a veces valiente”. Estas líneas singularizan ese proceso psicológico en el que un soldado ha de imbuirse para continuar día a día, aceptando que puede morir en cualquier momento pero, al mismo tiempo, aferrado a la convicción de que no lo hará. La aciaga suerte de Martin, hijo único, futuro estudiante de filosofía, muestra el sin sentido de la guerra. “No debo morir”, le expresa como si hubiese alguna justicia en la guerra. Pero la guerra no conoce ninguna clase de nobleza,

lealtad o justicia, solo tragedia. Así mismo, escucharemos, reflexivamente a Friedhelm afirmar: “Mucha gente piensa que la guerra consiste en pelear. Se equivocan. Consiste en esperar el próximo día, la próxima comida, el próximo combate...”. Aquí se concreta en el discurso fílmico un marcado antimilitarismo. Incluso, para reforzar esa idea, Friedhelm escapará de la estación vistiéndose con un uniforme ruso, pues no hay normas a la hora de sobrevivir, aunque al hacerse a las líneas alemanas será herido de gravedad por sus propios compañeros, al no identificarle.

En ese sentido, la serie sí incide en esa lucha desesperada y desquiciada en la que la guerra se convierte en una batalla de aniquilación donde sobrevivir es cosa de azar, suerte y veteranía. Como expresa lacónico Friedhelm al inicio del capítulo segundo, ante la llegada de los nuevos e imberbes reemplazos: “cuanto más vieja es la guerra más jóvenes son los soldados”. Era así, las pérdidas de la Wehrmacht fueron cada vez más elevadas y se reclutaba a chicos más jóvenes (G. Knopp, 2000, p. 328). Esto provocará la deshumanización dentro del grupo, ilustrándose cuando unos jóvenes reemplazos se incorporan a la unidad y a Friedhelm no le interesa saber sus nombres. Solo si aguanta un mes vivo querrá saberlo. Su fría actitud no es más que un mecanismo de autodefensa para no crear ningún lazo emocional que, luego, pueda romperse y hacerle vulnerable.

Otro elemento a destacar y bastante logrado, se introduce cuando Wilhem es herido y su hermano le da por muerto. Durante el asalto a la estación de radio, una granada le deja conmocionado. Cuando se despierta, los restos de su unidad se han retirado y él, en vez de regresar a sus líneas, decide desertar, siente que no tiene nada por lo que luchar. Encuentra una cabaña abandonada, donde se refugia, con la única compañía de un gato, viviendo ajeno a la guerra hasta que es descubierto por una patrulla de la policía militar alemana. Al conocer su identidad es acusado de desertión. No importa su buena hoja de servicios, la “neurosis de guerra” no era reconocida como un agotamiento psicológico grave, sino que se valoraba con desprecio, una fragilidad frente a los rígidos valores castrenses, pues un oficial debía ser enérgico, duro, de carácter fuerte, resolutivo, sin debilidad (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, p. 62). Finalmente, es sentenciado a muerte aunque su pena es conmutada para servir en un batallón disciplinario, como otros tantos miles de soldados.

Allí, sus penalidades son aún mayores, ya que padece el desprecio de su superior, el brutal sargento Krebs, al perder toda su dignidad como soldado y como hombre. Estos casos se dieron a conocer poco, por razones obvias, a la opinión pública. Durante la guerra hubo la impresionante cifra de 30.000 condenas de muerte por parte de los tribunales militares alemanes, por esta y otras razones parecidas, aunque solo la mitad se ejecutaron. Sin embargo, frente a la única ejecución por desertión llevada a efecto en Estados Unidos, o el medio centenar en Gran Bretaña y Francia, nos encontramos con una cifra terrible. Lo que muestra cómo la justicia militar alemana fue en extremado severa contra aquellos que fueran sospechosos de derrotismo.

Estos tribunales militares, aunque no eran un organismo controlado por el régimen, se encargaron de ser estrictos, afines al interés del nazismo por ser implacable contra aquellos que dudaran de su deber para con la patria. El maltrato de Wilhem y sus compañeros, en el batallón disciplinario, de esta parte final de la serie, recoge lo que padecieron tantos otros miles de soldados que se vieron menospreciados por su hartazgo de la contienda. La inclusión de este episodio muestra no solo la decadencia moral del protagonista sino, también, el sadismo al que se llegó en un conflicto en el que se acabaron por consumir todos los ideales y ensueños patrióticos en aras de un fanatismo que despreciaba totalmente la dignidad humana.

Como rebela Wette (2006, pp.188-192), no fue hasta que trascurrieron cincuenta años después de la guerra, cuando se restituyó la dignidad de aquellos que se resistieron a servir a esta maquinaria de guerra. Wilhem representa a este grupo olvidado por la Historia.

4. Los crímenes de guerra

Lo singular de la guerra en el Este fue, además de las batallas, la larga lista de barbaridades cometidas por parte de los comandos especiales de las SS y, como se ha demostrado, también de la Wehrmacht. Pues hay que partir de que “la frontera que separa la violencia legítima de acuerdo con el derecho internacional de la que supone crímenes de guerra es extraordinariamente delgada” (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, p. 101). Pero eso no es excusa para no proceder a tratar de forma digna

al enemigo vencido ni a la población civil sometida. Antes de iniciarse Barbarroja se aprobaron ciertos protocolos, en el seno del mando alemán, para definir las competencias de las unidades especiales de las SS, *Einsatzgruppen*, otros aparatos de seguridad del Estado, y el ejército en la retaguardia de los territorios conquistados. Tales unidades iban a cumplir *misiones especiales* algo que ya se había puesto en evidencia, con expeditiva crueldad, en la Polonia ocupada (T. Snyder, 2011, pp. 154-158). Además, para reforzar el elemento ideológico, el OKW cursó una directiva en la que definía cuál debía ser el comportamiento de la tropa. En ella se dejaba claro que debía ser “contundente” y “sin contemplaciones”, procediendo a aniquilar cualquier resistencia “activa o pasiva” (W. Wette, 2006, p. 109). Esto casaba con la tradición prusiana de mostrarse duros y extremos con aquellos grupos de irregulares que atentaran contra el ejército, actuando de la misma manera que en la Gran Guerra (M. Hasting, 2013 y Burleigh, 2002, p. 558).

Las instrucciones emitidas eran claras, no iba a exhibirse ninguna clase de humanidad. La misma propaganda de la Wehrmacht que llegaba en forma de boletines a la tropa venía marcada por este racismo. En principio, el asesinar a civiles desarmados o personal herido se consideraba un crimen de acuerdo al derecho internacional suscrito por Alemania, aunque no por la Unión Soviética (si bien, eso no debió haber impedido un trato justo y digno) (J. Bouker, 1999, p. 176), por lo que esta excusa le brindó a Hitler la ocasión de ignorarlo, permitiendo que fuera más fácil proceder y colaborar en el asesinato de la población, que se encubría mayormente con la lucha partisana o el desarrollo de *políticas de hambre* que derivaron en que miles de civiles fallecieran de inanición (T. Snyder, 2011, pp. 209-213 y W. Wette, 2006, pp. 113-115).

Durante la invasión de la URSS, adscritas a cada uno de los tres Grupos de Ejército (Norte, Centro y Sur) se incorporaron las *Einsatzgruppen (A, B, C y D)*, cuya misión era acabar con la resistencia en la retaguardia y limpiarla de judíos y comunistas. Estas unidades operaban de forma autónoma aunque se les había ordenado cooperar con la Wehrmacht, a la cual, presuntamente, se encontraban subordinadas (R. Rhodes, 2003). Pero, de hecho, las unidades del ejército regular participaron activamente codo con codo (o incluso, como en Serbia, actuaron, sin necesidad de que hubiese unidades de las SS) con estas, en lo que se postuló como una guerra *antipartisana* aunque, en realidad, se liquidaron con impunidad a miles de personas inocentes (hombres, incluidas mujeres y niños, a partir de agosto de 1941). Se identificaba errónea y perversamente a todo comunista como judío y viceversa, demostrándose como la propaganda nazi se había inculcado con éxito en los soldados corrientes (M. Mazower, 2008, p. 201 y W. Wette, 2006, pp. 120-121).

La tarea de las *Einsatzgruppen* de “autolimpieza” (A. Beevor, 2012, p. 301) y otras unidades policiales auxiliares y locales (ucranianas, en la serie, pero también las hubo de otros territorios ocupados) (P. Fritzsche, 2009, pp. 185-187) se recoge ilustrativamente en una escena (capítulo primero) en la que Wilhem se encara con un oficial de las SS que está procediendo a llevar una redada contra los judíos de una localidad, en una presunta acción *antipartisana*. Las SS se sirven de la colaboración de la policía ucraniana que sacan violentamente a los judíos de sus casas. Son familias enteras, ancianos, mujeres y niños. Entre ellos hay una niña de corta edad que se separa del grupo. Friedhelm y otro compañero están de retén para evitar que nadie escape pero ante el dantesco espectáculo de agredir con virulencia a civiles inocentes, pretenden salvarla.

En ese momento aparece Wilhem que como oficial ordena al auxiliar ucraniano que tiene sujeta a la niña que la suelte. Sin embargo, antes de proceder, se acerca el comandante de las SS Meiner, que le espeta que la niña no es una civil corriente sino una *judía*. Wilhem insiste, esgrime que la niña se encuentra bajo la jurisdicción de la Wehrmacht y, por lo tanto, debe entregársela. Meiner, displicente, lo acepta, al entender que son compañeros de armas y que discutir por algo así es una tontería. Se acerca a la niña, y tras darle un dulce, con alevosía y mezquina maldad, la agarra, sin que nadie pueda hacer nada, desenfundando su pistola y la asesina, descerrajándole un tiro en la cabeza. Wilhem, impotente y consternado, no puede reaccionar.

Esta escena diferencia, con claridad, la actuación de las unidades de las SS y la Wehrmacht, siguiendo los clichés que se han dado en el cine. Seguramente, algunos oficiales se sentirían mal por tales actos, pero se sabe que a plena luz del día otros dejaron hacer (como en Kaunas) o se implicaron (como en Babi Yar) en tales matanzas (P. Fritzsche, 2009, pp. 189-192). Hubo otros casos (como Belaya Zerkov), donde sí se intervino para evitar el infanticidio de niños judíos. Un coronel y varios capellanes abogaron para salvarles la vida, pero mandos superiores del ejército

dictaminaron su aciago destino. No faltaron otros ejemplos de crueldad e inhumanidad de los que la Wehrmacht tuvo conocimiento o participó pero, en comparación, los signos de protesta por parte de los oficiales fueron escasos. Incluso los lugares donde se producían las matanzas se convirtieron en lugares de *turismo*, donde iban soldados a mirar, participar voluntariamente o a sacar fotografías (V. Grossman y E. Ehrenburg, 2011, pp. 65-274 y T. Snyder, 2011, pp. 243-249).

También, las autoridades se sirvieron de la policía local de los territorios ocupados y se espoleó el sentimiento nacionalista y antisemita, el miedo (ocultar judíos acarrea la muerte) o la repulsa por la represión soviética, para forzar esta colaboración, facilitándoles, así, las tareas de acabar con miles de judíos (A. Beevor, 2012, pp. 304-305 y T. Snyder, 2011, pp. 231-243). De hecho, así se lo explica a Wilhem su superior, el capitán Feigl, “donde hay judíos, hay partisanos”, tras enterarse de que se ha enfrentado al comandante Meiner. El capitán entiende que la operación es parte de la “guerra” mientras que para Wilhem eso no es la guerra. “Sí, pero *nueva*. En nombre del Führer”, le responde. A lo que Wilhem le replica con acritud: “Si la perdemos, no podrá salvarnos Dios y menos el Führer”. Lo que le lleva a Feigl a responder: “Por eso, no podemos perderla de ninguna manera”. Esta conversación recoge los rasgos que compusieron esta *nueva mentalidad* guerrera e inhumana. La serie perfila, así, ilustrativamente esta *nueva conciencia* que derivaría en un fanatismo que traería consigo esa resistencia hasta el final. Feigl representaría a un nutrido cuerpo de oficiales que, sin ser nazi, acabó sin darse cuenta por pervertir sus principios y valores, convirtiéndose en cómplice de esta política criminal incitada por el nazismo.

Poco después del incidente, para ilustrar más estas masacres, el comandante Meiner se cruzará con Wilhelm y para congraciarse con él le dirá que los judíos lo *corrompen todo*. Friedhelm, fuertemente disgustado, se aleja del campamento y se detiene cerca de una marisma, justo encima de una fosa común. Al mirar abajo, observa como la tierra está humedecida por la sangre de miles de personas que yacen inertes bajo sus pies. La imagen es contundente. Miles de estas fosas fueron moteando el paisaje. En 1941, según se calcula, “las fuerzas alemanas mataron a más civiles judíos en la retaguardia del frente que soldados soviéticos en el campo de batalla” (P. Fritzsche, 2009, pp. 189). Por eso, no debemos olvidar que las unidades de seguridad de la Wehrmacht, con el pretexto de acabar con partisanos, arrasaron poblaciones enteras.

Estas tácticas antipartisanas se representan, en la serie, de un modo liviano, únicamente cuando se produce un atentado contra la unidad de Wilhem, y mueren dos soldados. Como castigo se fusila a varios civiles que no se sabe si han tenido algo que ver con ello. Incluso se suaviza la recreación porque, en otras circunstancias semejantes, se sabe que, en represalia, se arrasaba la localidad entera y condenaba a muerte a todos sus habitantes. Debía servir de advertencia a quienes atentaran contra los soldados alemanes. Pero, no es de extrañar que, tras la guerra, los testimonios de soldados alemanes atribuían a las SS como las responsables de los hechos al descargar sobre ellos la mayor parte de la culpa, pero sabemos que no fue así. “La Wehrmacht ayudó en estas operaciones de fusilamiento en masa, las instigó y algunas ocasiones las ordenó” (T. Snyder, 2011, p. 243), y así se refleja cuando Friedhelm participa con otros soldados en el pelotón de fusilamiento. Aunque, por supuesto, hubo quienes consideraron excesivo el acabar con mujeres y niños, como castigo por la muerte de un soldado, o el asesinato de judíos, y se avergonzaban de ser alemanes ante tales acciones de terror, no siempre eran estos antinazis declarados sino también hubo nacionalsocialistas convencidos (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, p. 243).

Estas tácticas de liquidación se vuelven a mencionar en el capítulo segundo cuando Charlotte atiende a un soldado herido y este le dice que pertenece a la *legión fantasma*. Charlotte se interesa por saber el porqué de ese nombre, y el soldado le contesta de una manera muy clara y significativa: porque “hacemos desaparecer a los judíos”, incluidas mujeres.

No es hasta el capítulo tercero de la serie cuando se introducen otros elementos relativos a los crímenes, cuando Friedhelm empieza a colaborar con Meiner en sus misiones antipartisanas. Este es responsable del asesinato a sangre fría de un civil que intenta escapar y del ahorcamiento de varios más, en represalia por el atentado fallido contra Meiner. Tal es su fría crueldad que el comandante fotografía el hecho como si los ahorcados fuesen “piezas de caza” (M. Burleigh, 2002, p. 601). Lo cual subraya, aún más, la malvada actitud del comandante de las SS, mientras Friedhelm, inexpresivo e insensibilizado, posa para él y activa el mecanismo de la horca. Esta escena recoge un

aspecto muy interesante y simbólico al mostrar que la “Wehrmacht no llegó nunca a actuar como freno al exterminio”, incluso, como se ha señalado, “llegó a promoverlo” (W. Wette, 2006, p. 291).

5. La retaguardia alemana

Al inicio de la serie, cuando se nos presenta a los cinco amigos celebrando la despedida de Wilhem, Friedhelm y Charlotte, hace su aparición un oficial de la Gestapo, Dorn, en el bar donde trabaja Greta. Han denunciado que se escucha música swing “con judíos”, pues esta música *degenerada*, además de prohibirse, se consideraba escucharla una “traición” (G. Knopp, 2000, pp. 303-309). Con todo, al estar junto a Viktor, los cuatro amigos corren un gran riesgo porque, además, están con un judío que ha incumplido el toque de queda y pueden ser, por tanto, internados en un campo de concentración. Además, la relación entre Greta y Viktor está prohibida por las leyes de Núremberg para preservar la pureza racial. Este momento representa, de forma sintética, la realidad discriminatoria que vivían los judíos en Alemania y el férreo control social, facilitado por las denuncias y la colaboración ciudadana, que ejercía la Gestapo en la sociedad contra aquellos sectores de *indeseables* (R. Gellately, 2001). Sin embargo, la pena es que se ahonda poco y no se trata la contradicción que supone para ellos ser fieles alemanes y a su vez mantener la amistad con Viktor, frente a la propaganda del régimen, hecho que no sale a relucir.

La trama recrea, aunque con menos intensidad dramática de lo que hubiese sido aconsejable, el desgarrador y angustioso espectro de esta política racial, aparte de la mencionada antes, que cercenaba la dignidad de miles de alemanes por ser judíos. Muestra el enclaustramiento y sus angustias en la figura de los padres de Viktor que apenas salen de su piso, donde ahora su padre trabaja, pues el negocio familiar, una sastrería, fue destruido durante la noche de los cristales rotos (S. Friedländ, 2009a, pp. 369-383). Además, la situación para los judíos alemanes fue empeorando según avanzaba la guerra y el nazismo veía sus planes de dominación europea frustrados. Así, aparte de innumerables prohibiciones (tenían vetado pasear por parques, cines o entrar a comercios arios), se sumó la obligación de que debían portar, a partir del 19 de septiembre de 1941, la estrella de David para distinguirlos de los arios (S. Friedländ, 2009a, pp. 345-351 y V. Klemperer, 2003a, pp. 703-706). Esto se valora en una discusión entre Viktor y su padre. “Es la ley y aunque esté equivocada un buen alemán nunca incumple la ley”, justifica su padre a pesar de que Viktor se siente consternado por la noticia. Y le replica enfadado: “Para ellos ya no somos alemanes, no lo somos”. El padre de Viktor cree aún, ingenuamente, como antiguo soldado que combatió en la Gran Guerra, que la victoria les permitirá volver a su situación anterior. Viktor ha escuchado que se les está enviando al este. Pero su padre se resiste a creerlo porque le resulta inconcebible.

Tal como señala Burleigh, muchos judíos no eran conscientes de la gravedad de lo que sucedía, puesto que en el pasado habían sufrido ataques o amenazas similares (2002, p. 318). Pero eso no debe evitar valorar que “los judíos se encogían de miedo” ((S. Friedländ, 2009b, p. 210) ante las distintas provocaciones y la humillación constante de las autoridades. En este aspecto, esta parte de la trama sí radiografía bien la actitud de una parte de esta sociedad, encarnada en el padre de Viktor, que no pudo comprender, como era normal, esta persecución al sentirse alemán. Si bien, eso no detuvo a los nazis, enviando a la mayoría de ellos a los campos de la muerte. De hecho, solo unos pocos tuvieron suerte y se salvaron del exterminio. Otros, los menos, se ocultaron, pasando a la clandestinidad (se les denominó *submarinos*), haciéndose pasar por gentiles, algo que no les fue nada fácil, ayudados por conocidos y amigos, siempre en peligro ante las posibles denuncias⁴.

Por otro lado, la decisión de Charlotte de presentarse como enfermera radiografía la otra cruda semblanza de la guerra como es la vida en el hospital de campaña.

Charlotte representa a este grupo de jóvenes que vieron en su participación en la guerra una aventura y la perspectiva de un nuevo futuro, en esa ingenua “ilusión de pertenecer a la *comunidad nacional*” (G. Knopp, 2000, p. 66), a la que sirvieron en el papel que les confería el régimen. Ciertamente es que la experiencia en los hospitales de campaña distaba de ser la que muchas de ellas habían disfrutado en los de retaguardia. Les supuso un tremendo impacto psíquico, como le

⁴ De 134.000 judíos alemanes deportados, solo 7.000 sobrevivieron.

ocurre a Charlotte, descubrir tamaña violencia en primera persona (W. Lower, 2013, pp. 93-100). Incluso, la trama endulza la sensibilización que ella tiene con varios heridos rusos que llegan al hospital a los que el médico-jefe no quiere atender, pero ella considera que hay que hacerlo. Pues, en general, hay que decir que el trato dispensado a los heridos y prisioneros soviéticos fue terrible.

De este modo, el hospital (que se irá trasladando según avanza o retrocede el ejército) se convertirá en otro pequeño universo, distinto al frente de batalla, pero con sus hipocresías, incluso con la misma inmoralidad que ha cubierto el nazismo cuando Charlotte denuncia a la médico judía, Lilija, una acción que, como señala Wendy Lower (2013, p. 16), se vislumbraba como una “prueba de lealtad”, aunque eso supusiese la condena de otro ser humano. Lo mismo se puede decir de la actitud de su amiga Hildegard, tentada de acusar de *derrotismo* a Charlotte al final.

Pero eso subraya, al mismo tiempo, esa otra lucha sostenida por las mujeres alemanas en la retaguardia, esencial o crucial, en muchos sentidos, en el sostén de la maquinaria de guerra o de la moral (caso de Greta), vinculadas, igual que los hombres, a esta mentalidad nazi.

Ellas sufren, de otra manera, son valientes, de otra manera, son castigadas, de otra manera, cuando el mundo que les ha pervertido su conciencia se derrumba ante ellas. Sin duda, las mujeres alemanas también pagaron un alto precio en esta guerra aunque no combatieran directamente en los frentes, pues hubo medio millón de ellas que actuaron en la retaguardia del Frente Oriental cumpliendo otras labores (enfermeras, secretarías, esposas, radio operadoras, controladoras de vuelo, educadoras, etc.) y participando, aunque esto sea poco conocido, de la cruel guerra de exterminio. Fueron consideradas víctimas y heroínas tras el fin de las hostilidades, ya que tuvieron un destacado papel en la reconstrucción de Alemania, mientras sus maridos e hijos se encontraban prisioneros de los aliados. Sobre ellas pesó el sentimiento de los horrores vividos pero no se hablaba de su implicación en el régimen. Se las presentaba como sufridoras pero ignorando que fueron activas protagonistas (W. Lower, 2013, pp. 18-19).

De nuevo, la serie apunta un hecho interesante, como es la participación de la mujer en la guerra y en el ideario nazi, pero no acaba por desarrollarlo por completo, impidiendo ser un análisis más acabado sobre esta revisión de su activa entrega a la construcción del imperio hitleriano. Pues, aunque Charlotte acaba padeciendo un enorme cargo de conciencia por el hecho de denunciar a Lilija, su comportamiento no se explica, debido a su amistad con Viktor. De hecho, otras muchas mujeres no sintieron pesar por denunciar a judíos o ser celosas guardianas en los campos de concentración y, tras la guerra, la mayoría decidieron minimizar u ocultar su implicación⁵. En concreto, las enfermeras tuvieron un papel singular en el frente oriental, ya que también trabajaron en campos de concentración (algunas colaboraron en experimentos), inspeccionaron guetos, fueron testigos del trato dado a los prisioneros de guerra, consolaron a policías o SS en sus cometidos *especiales*, veían pasar los trenes llenos y vacíos, etc., amén de la asistencia de los heridos y, por todo ello, se convirtieron en testigos de excepción de tales horrores y, en algunos casos, en activas colaboradoras de tales asesinatos (W. Lower, 2013, pp. 145-148).

El papel de Greta, por otro lado, solo cobra un mayor interés cuando es detenida y enviada a prisión, y ahí vive los rigores de la misma, acusada de derrotismo. Es otra de las integrantes del grupo de amigos que ve como sus sueños se derrumban. Se convierte en una cantante de éxito, gracias al oficial de la Gestapo Dorn, pero se deja atrapar por los falsos oropeles del triunfo artístico. Y cuando tiene la oportunidad de estar con sus amigos, el único momento en el que se reúnen los cuatro durante la guerra, se excusa aduciendo que tiene que asistir a una fiesta de oficiales. Vive subida en una nube que desaparece cuando se da cuenta de que el mundo que conoce está siendo abrasado por la violencia que es el momento en el que se presenta en el hospital, para pedir ayuda a Charlotte, y ve como están llegando cientos de heridos. Ve el rostro feroz de la guerra en aquellos hombres destrozados por las bombas. Y cuando regresa a Berlín, visiblemente afectada por lo que ha visto y experimentado, al bar donde trabajaba, unos soldados de permiso celebran y disfrutan de su descanso y le piden, tras reconocerla, que cante. Pero ella se disculpa porque no se siente con fuerzas. Pero tal es la insistencia que, irritada, les espeta que Alemania no conseguirá la *victoria final*. Inconsciente, sin medir el alcance de sus palabras, se produce un espeso e

⁵ El Partido nazi contó con nada menos que 13 millones de activas militantes.

incómodo silencio en el local, chafando la diversión. No hay nada peor que el *derrotismo*. Greta ha roto con el código de valores e idiosincrasias que tan rígidamente ha impuesto el nazismo.

En ese sentido, las denuncias cumplían esa labor de control social que el nazismo había sabido pervertir en su beneficio (E. Johnson, 2002). La cantante es detenida y enviada a prisión. Ahí conoce la otra faz del feroz régimen totalitario. Tiene que ver como su amante, Dorn, en la hora final, quiere utilizarla como comodín para asegurar un testimonio que le exonere de sus crímenes. Sin embargo, ella se niega a firmar, resguardando, así, la única dignidad que le queda. Aunque nada la salvará del pelotón de ejecución, poco antes del derrumbe definitivo del Reich.

La guerra cambiará la retaguardia y los valores de la sociedad alemana. De este modo se refleja cuando Friedhelm regresa a su ciudad natal convaleciente de una herida recibida. Pero no se encuentra con un caluroso recibimiento sino que se encara con un padre que prefiere verle muerto que no saber donde se halla su hijo mayor, el *héroe* de la familia. Su padre es incapaz de aceptar la cruda semblanza de la guerra desatada. Aparte de esto, Friedhelm se siente un extraño cuando en un local se le acercan dos adolescentes entusiastas queriendo entablar conversación con él y saber si la [propaganda] es cierta de que los soviéticos están lanzándoles sus últimas reservas, como afirma el régimen. Reconocen sus insignias en su uniforme pero Friedhelm no se siente ningún héroe y no sabe cómo responderles y quitarles la venda de los ojos. Uno de ellos le reprocha su silencio, que lo entiende como altanería, afirmando, como si fuese una competición, que en un año irá al frente a ganar más medallas que él. Esta actitud del chico, frente al hermetismo de Friedhelm, codifica, con acierto, ese lavado de cerebro realizado en una parte de la juventud alemana, formada en las Juventudes Hitlerianas y en un militarismo que respondía a los maquiavélicos fines del nazismo que destruyó la conciencia de tantos miles de jóvenes (G. Knopp, 2000, pp. 263-344).

6. Los partisanos polacos

Tras la ocupación de la mayor parte de Polonia por los alemanes, en septiembre de 1939 (la otra parte fue anexada a la URSS, de acuerdo a los pactos con la Alemania nazi), rápidamente se organizó la resistencia polaca en el interior, mientras en el exterior se conformaba un Gobierno en el exilio. Así se fundó la Unión de Lucha Armada que pasó a denominarse, finalmente, Ejército Nacional, que unía a todas las fuerzas políticas, salvo a los comunistas. Conocedores del horror de los campos, ya en el verano de 1942, se compuso una sección judía y empezó a transmitir datos a los aliados sobre lo que estaba acaeciendo, incluso se creó una organización católica cuya finalidad era el rescate de judíos. Sin embargo, no se consideró oportuno facilitar más que unas pocas armas a la Organización de Combate judía que operaba, de forma autónoma, en el gueto de Varsovia, al integrar a comunistas entre sus filas. Pues temían favorecer los intereses de Moscú en una futura Polonia liberada. No obstante, para lo que nos interesa, en el Ejército Nacional también había judíos que se consideraban antes polacos que judíos, habiendo pocos integrantes antisemitas entre sus filas. Pero como sucede en cualquier conflicto, las contradicciones existentes en el seno de los distintos grupos fueron notorias, pues también se mataron a judíos considerándolos bandidos, para robarles sus propiedades o, ya, en otros casos, se les defendió ajusticiando a polacos que les habían delatado a los nazis (T. Snyder, 2011, pp. 335-349). La ocupación alemana creó toda clase de situaciones, buenas, malas, perversas, terribles o bien llenas de gratitud o de fría inmisericordia, tan propias de la historia humana. Sin embargo, en este marco, uno de los pasajes más controvertidos de la serie viene trenzado por el retrato que se hace de los partisanos polacos.

Viktor, tras ser detenido por la Gestapo, consigue escapar del tren que le lleva a su aciago destino en Auschwitz, con ayuda de Alina, una polaca enviada a trabajar a una granja en Alemania. Pero cae en manos de una partida partisana. Alina, como agradecimiento, por haberla ayudado cuando eran perseguidos en el bosque por los alemanes, hace pasar a Viktor por un gentil.

La resistencia contra el denostado ocupante alemán comenzó muy pronto y los ataques contra las tropas o los colaboradores nazis se convirtieron en una práctica habitual (6.124 ataques en el Gobierno General de Polonia) que eran respondidos por las autoridades germanas, como se vislumbra en la serie, con represalias indiscriminadas (contraterror) contra la población civil, para acobardar a los habitantes. De ahí que, en un momento dado, el grupo de partisanos que quiere adquirir alimentos en una granja sea visto con recelo por sus habitantes. Estos actos solo mostraban

la cruel esencia del ocupante y hacían que la resistencia fuera todavía más lógica en una sociedad polaca dispuesta a luchar contra tan despiadado enemigo (T. Snyder, 2011, pp. 351-363).

Cierto es que la mayoría de los soldados alemanes no eran muy conscientes de la dureza de su trato. De hecho, “la combinación de miedo y odio desempeñó también un papel importante en la crueldad de la guerra contra los partisanos” (A. Beevor, 2012, p. 297).

Viktor colaborará y participará, ocultando su identidad judía, en su nuevo papel en la resistencia, en varias emboscadas contra las tropas germanas. En una asesinan a dos soldados y en otra casi acaban con el comandante Meimer. Pero el capítulo más significativo es el asalto a un tren de suministros alemán para apoderarse del arsenal que transporta. Cuando lo detienen y acaban con los guardias, tras un intenso tiroteo, abren los vagones y se encuentran con que el tren también traslada a cientos de judíos destinados a los campos de la muerte. Viktor se siente conmovido viendo a estos hombres y mujeres, de cuyo terrible destino él ha conseguido escapar, y a los que los partisanos quieren abandonar, de ningún modo conmovidos por las terribles condiciones en las que se encuentran. Sin embargo, Viktor no puede hacer eso y vuelve para abrir los vagones. Claro que eso confirma las sospechas del grupo de que es judío. Al regreso a su guarida, Jerzy, el jefe, sabe que ha de acabar con él, una especie de código no escrito por los otros guerrilleros que así se lo exige. Pero como le aprecia, le conduce a un lugar apartado, y le da la oportunidad de marcharse.

En ese sentido, la historia enfatiza el antisemitismo que se vivía en Polonia y en Europa. Esto se refleja en la serie en frases como: “A los judíos los ahogamos como a gatos” o “los judíos son tan malos como los comunistas y los rusos. Mejor muertos que vivos”. Se luchaba contra el nazismo no por su racismo incendiario y porque estaba llevando a cabo la eliminación de miles de judíos, aún no se conocían las dimensiones del exterminio, sino porque pretendía oprimir a su país. El nazismo pervirtió la sociedad europea y alimentó una semilla de odio y sinrazón pero que ya estaba sembrada. Otra cuestión es la deshumanización que hizo de los judíos y muchos otros pueblos, y su política criminal de asesinatos masivos (S. Friedländer, 2009b y R. Hilberg, 2005).

La mirada crítica que se hace de estos partisanos casa bien con ciertos hechos (recordemos la novela gráfica *Maus*) aunque contraste, por otro lado, que la serie no sea más autocrítica con la sociedad alemana con respecto al nazismo. Porque se retrata poco la experiencia de Viktor en su propia ciudad. Solo la incógnita de la suerte de sus padres, que imaginamos que habrán acabado en un campo de exterminio, alude al proceso de aniquilación de los judíos europeos fueran alemanes o no. Pero, a partir de ahí, deja de mostrar nada sobre los alemanes y su relación con el antisemitismo como si en Alemania hubiera dejado de haber judíos alemanes, o propaganda y destacadas actitudes antijudías y sabemos que no fue así (V. Klemperer, 2003a). La serie pierde la oportunidad de hacer un retrato de mayor calado, queriendo abrir el debate estableciendo que la cuestión judía también implicaba a otras sociedades, si bien lo recoge de una manera un tanto desafortunada. Existió un fuerte antisemitismo en Polonia, es cierto, pero se focaliza mucho este aspecto, cuando se ha tratado menos sobre el caso alemán. De hecho, se alude poco al exterminio, encarnándolo en el asesinato de la niña ucraniana, en el capítulo primero, y en la imagen de los *trenes vacíos* (y que con tanta habilidad explotó Costa-Gavras en su controvertida *Amen*), a los que alude Alina que simboliza (aunque no llegamos a ver directamente las cámaras de gas) con tanta desnudez aquella industria de aniquilación y muerte planteada por el totalitarismo nazi (T. Snyder, 2011, pp. 303-330).

7. Grandes ausentes: amigos y enemigos

Uno de los elementos más significativos del cine suele ser tanto lo que retrata como aquello que se oculta. Por ejemplo, apenas se ve al enemigo, *al otro*, salvo en aspectos muy puntuales. Esto es relevante en tanto que ayudaría a comprender la visión que se tenía de la URSS por parte de los soldados alemanes. Pues, todo ello fue determinante a la hora de explicar la actitud de la Wehrmacht durante la invasión. Tampoco se dice nada sobre la suerte de los prisioneros de guerra, los Ivenes, salvo en la cuestión del comisario político, que padecieron tanto la brutalidad de sus mandos y las draconianas órdenes recibidas como el injusto maltrato dado por los alemanes. Se calcula en cerca de tres millones de prisioneros de guerra rusos los que murieron por las pésimas y terribles condiciones a las que fueron sometidos en los campos de prisioneros gestionados por el ejército alemán (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, p. 114 y T. Snyder, 2011, pp. 216-219). De hecho,

nos indica Beevor (2012, p. 295), “cualquier soldado alemán que mostrara compasión por los sufrimientos de los prisioneros soviéticos era objeto de burla por parte de sus compañeros”.

Cierto es que tampoco se habla excesivamente mal de ellos, salvo en los momentos finales cuando violan a Charlotte y asesinan a sangre fría a los heridos que han quedado en el hospital. Pero como contrapeso a estos crímenes, hartamente conocidos, se coloca la actitud generosa de la reaparecida oficial rusa, Liliya, que salva a Charlotte y es la única que lanza un mensaje conciliador cuando Charlotte quiere saber por qué la ayuda. A lo que esta le responde: “Porque si no seguiremos siempre así”. Pero al mensaje, aunque es aleccionador y positivo, le falta ser más fiel a la lucha descarnada que se sostuvo, en la que ambos bandos actuaron de una forma inmisericorde con el enemigo, incluidas las propias mujeres (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, pp. 115-119).

La única escena en la que se ve al enemigo cara a cara es cuando Wilhem, en el momento en que deserta, se esconde en el interior de un carro soviético destruido, con el fin de huir de la guerra y se encuentra con un tanquista soviético moribundo. Le queda poco de vida y le ofrece un poco de agua. Este momento encarna la misericordia de Wilhem por el enemigo. En esa estampa sombría, los dos sufren en silencio la ingratitud de la contienda. En todo caso, tanto en esta escena como en la primera confrontación en la que hacen prisionero a un comisario soviético, Wilhelm muestra *respeto*. Sin embargo, esa fue la falsa percepción que se tuvo de los soldados de la Wehrmacht acerca del trato dispensado al Ejército rojo (S. Neitzel y H. Welzer, 2012, p. 180).

Otro aspecto que podría haber dado un punto de interés sería las relaciones entre los soldados alemanes y la población civil. Solo hay escasas escenas en las que se representa esta relación. En el primer capítulo, acuartelados en una pequeña población de la estepa rusa, de cabañas de madera, Friedhelm, conservando su actitud prosaica, es el único que aprende el idioma ruso. Deambula confiado por el pueblo y su trato con los civiles es bueno. En ese marco, todavía las relaciones son cordiales y afables, nada se dice de la política del hambre practicada por el ejército para alimentar a la tropa a costa de los alimentos esenciales para la población.

En el capítulo segundo, en cambio, estas relaciones han variado. En la localidad en la que se acuartelan, una noche, en el pozo donde suelen extraer el agua los soldados, estalla una bomba matando a varios. La acción simboliza una activa resistencia contra el ocupante. ¿Por qué este cambio? Se interpreta como un acto de resistencia que provoca a modo de represalia el asesinato de civiles inocentes. Brutalidad gratuita pero no le confiere a la descripción una denuncia más explícita hacia tales actos. La actividad guerrillera fue un auténtico quebradero de cabeza en la retaguardia, pero no solo por cuestión táctica ni estratégica a nivel militar, sino derivado de la cruel, brutal y despiadada política seguida por las autoridades alemanes (M. Burleigh, 2002, pp. 594-598).

Tampoco se indica mucho, salvo por el puntual testimonio de Alina, que ha huido de la granja donde trabajaba en Alemania porque el dueño la violaba, sobre los trabajadores semiesclavos que acabaron en el Tercer Reich en la industria de armamento y llevando a cabo pesadas tareas agrícolas, para suplir la falta de mano de obra alemana. Siete millones y medio de hombres y mujeres procedentes de todos los rincones de Europa padecieron y sufrieron esta explotación durante los años de guerra, muchos de ellos murieron por las pésimas condiciones de vida y alimentación (M. Mazower, 2008, pp. 233-236, y G. Knopp, 2000, p. 340).

Del mismo modo no hay mención alguna a los aliados que junto a Alemania contribuyeron con sus ejércitos a tal descarnado enfrentamiento. También ellos pagaron un alto precio en vidas, cuando los gobiernos satélites de Finlandia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia e Italia, además de un regimiento croata y una división española, inmunes al sufrimiento que iba a acarrear a sus respectivos países, decidieron subirse al carro del belicismo de Hitler (M. Burleigh, 2002, p. 551).

8. El final, el regreso a casa y la lección moral

Finalmente, tras la destrucción del Ejército centro, en julio de 1944, y el desembarco de Normandía (en junio), la Wehrmacht retrocedió en el frente oriental hasta el río Vístula. La guerra estaba perdida pero la resistencia no decayó. El fallido atentado del 20 de julio contra Hitler, del que saldría ileso, fue el último intento de poner fin al nihilismo nazi. Los últimos meses de la guerra se convertirán en una lucha desesperada (infligiendo el mayor daño a Alemania).

Así, la propaganda del régimen, su control de la sociedad, la violencia represiva existente, las vanas esperanzas todavía puestas en el mito del Führer y, en esencia, el oprobio de la deshonra de 1918, derivaron en que los alemanes no se rebelasen como en la Gran Guerra (I. Kershaw, 2013, pp. 489-507). Pues “eran muy pocos los que ponían sus esperanzas en la derrota de Alemania” (P. Fritzsche, 2009, p. 256). Todo este periodo final se sintetiza, escuetamente, cuando el odioso sargento Krebs del batallón disciplinario les arenga a Wilhem y a sus compañeros tras conocerse el fracaso del atentado. Pero, habría que aclarar, que solo un puñado de fanáticos no sostuvieron al régimen sino millones de alemanes que todavía, por inercia o por un sentido del deber, continuaron combatiendo. Los aliados tuvieron que tomar por la fuerza Alemania destruyéndola.

Friedhelm, por su parte, en las postrimerías de la derrota, todavía comanda un pequeño pelotón de soldados bisoños, sin uniformes, mal armados y peor preparados, varios adolescentes y un anciano, conformando ese ejército del pueblo, *Volkssturm*, que muestra la despiadada faz del régimen negándose a asumir su fracaso y atenuar el sufrimiento del pueblo alemán. Aún, algunos de ellos creían en la victoria, o luchaban con entusiasmo (para estupor de los veteranos) corrompidos por la propaganda, muchos no eran más que niños entre 14 y 16 años de edad, aunque los hubo de 12, que se presentaban voluntarios, siguiendo los perversos dogmas del régimen (I. Kershaw, 2013, p. 495 y G. Knopp, 2000, pp. 348-353). Por eso, Friedhelm decide sacrificarse antes de que los aniquile una patrulla soviética. Al actuar así, sale al descubierto y es acribillado a balazos, salva la vida de los niños que comanda, que al verle caer observan el horror de morir. Este acto se convierte en un acto de redención personal. Claro que no siempre fue así y miles de niños fueron sacrificados en el altar de la barbarie nazi (P. Fritzsche, 2009, pp. 277-282).

Y ya, de una manera abrupta, concluida la contienda, los tres supervivientes del grupo de cinco amigos, Wilhem, Charlotte y Víktor, se reencuentran, en un Berlín arrasado por las bombas. Wilhem ha conseguido desertar, asesinando al odioso sargento; Charlotte, tras su violación, gracias a la ayuda de Liliya, ha podido huir y Víktor, tras ser salvado por Friedhelm, en una escena poco creíble, también lo logra. Pero su mundo se ha derrumbado. Si bien, a este cierre le falta una mayor intención, quedándose solo como una estampa amarga de la derrota. A pesar de todo sí señala que el fin de la guerra no trajo consigo una liquidación de la deuda con los responsables de la misma. En off, Wilhem lo expresa de forma sintética: “Muy pronto solo habrá alemanes y ningún nazi. Y entonces, ¿quiénes seremos?”. La cuestión se plantea con suma agudeza, fue el auténtico trauma vivido por la sociedad alemana. Afectaba a todos por igual, nazis y no nazis, porque Hitler y los suyos habían distorsionado la realidad. Esto queda reforzado cuando Víktor, una vez en Berlín, busca a su familia. Su viejo inmueble está habitado por una mujer y sus hijos, la mujer nada puede decirle acerca de la suerte de sus padres y hasta le miente (al no saber quién es) afirmando que ha vivido siempre allí. Pero Víktor sabe la verdad. “Para los alemanes, los horrores de la guerra no incluían el sufrimiento de los judíos” (P. Fritzsche, 2009, p. 222). Seguidamente, Víktor acude a una oficina de información aliada para ver si puede encontrar el paradero de sus padres y se encuentra cara a cara con el mismo oficial que le ha arruinado su vida, Dorn. Los aliados saben que ha pertenecido a la Gestapo y no les importa. Lo utilizan para reconstruir el país.

Esta escena sintetiza las hipocresías que surgieron tras el fin del nazismo. A partir de ahí los aliados debían encararse con un enemigo que consideraban más peligroso y fiero, el comunismo. Por esta razón no tuvieron ningún inconveniente en utilizar a antiguos nazis para reconstruir la administración alemana y permitir que muchos criminales huyeran o no fueran juzgados jamás. Sin embargo, otros sí lo fueron aunque, en general, en Alemania, se buscó pasar página lo antes posible y muchos de aquellos *hombres y mujeres grises* se libraron de la justicia, o asumir su culpa. Pues ante el horror sufrido, debido al nazismo, “los alemanes”, concluye Fritzsche, “terminaron percibiéndose como las víctimas de una historia cruel” (P. Fritzsche, 2009, p. 259).

9. Conclusión: la guerra y la culpa

Aunque la serie tiene sus indudables virtudes, debido a una muy buena ambientación y una temática interesante, hay aspectos, como hemos ido resaltando, que debilitan la opción de convertirse en un referente adecuado en la consecución de una memoria de la guerra entre válida, certera y acabada. Si bien, por eso mismo, es igual de revelador la dificultad que entraña interiorizar

una tragedia de tales dimensiones. Desde un punto de vista formal, sí se describe descarnadamente la guerra y la pérdida de humanidad pero se echa en falta explicar cómo el nazismo pervirtió a la nación. Ahí se debería haber procurado una mayor concreción de la participación de la Wehrmacht en la dimensión racial de una guerra de exterminio. La serie no redonda en ello tanto como debiera, mostrando una guerra con algunos episodios turbios y poco onerosos (el asesinato del comisario político, la persecución de los judíos, las represalias o los trenes a Auschwitz), pero sin presentar la perspectiva brutal y perversa con la que se planteó la campaña en el Este. Ciertamente es que se desvelan sus horrores pero no así su significado. Se centra en presentar la contienda como una gran vorágine antirromántica y feroz, que pasa de ser una lucha para cumplir con el deber, hasta mostrar el dolor y padecimiento de la tropa, todo ello para exponer la forma en que marca y destruye la psicología humana, convirtiendo a personas normales en fríos asesinos o, ya, a personas abnegadas y decentes, en seres atormentados y desilusionados. Esta transformación la sintetizará Wilhelm, al final: “Hace tres años avanzamos hacia el este para salvar a nuestro pueblo y en vez de eso llevamos la muerte y la desolación a millones de inocentes. Entonces, éramos héroes, ahora, asesinos”. Lo que casa bien con las palabras de Fritzsche sobre los alemanes se sintieron víctimas de una “historia cruel”.

No hay duda de que la sociedad alemana ha cobrado un alto grado de conciencia respecto a la perversidad de este conflicto. En ese sentido, la serie propone rescatar una memoria de posguerra en la que a pesar de presentarse como responsables justifica su complicidad como “consecuencia de su debilidad moral, no de una motivación criminal” (P. Fritzsche, 2009, p. 287). Esto es lo que representan los dos hermanos en sus vicisitudes, así como el papel que juegan Charlotte y Greta en la retaguardia. No actúan por maldad, porque acaban por arrepentirse de sus actos, sino por verse atrapados por un universo corrompido del que ellos también son víctimas. Pero aquí la serie pierde la oportunidad de alejarse de un planteamiento menos convencional, porque los que sobreviven al conflicto, son los amigos más nobles, los que actúan de forma más decente. Incluso se tipifica con excesiva simpleza al nazismo en los personajes de Dorn, Meiner y Krebs (incluso, estos dos últimos acaban muriendo). Y la polémica, entorno a la actitud antisemita de los partisanos, debilita sobremanera su lectura final. Fue una guerra extrema, y así se presenta, que marcó de manera irremediable a toda una generación alemana y, por supuesto, europea. Pero la trama se cierra sin habernos hecho comprender del todo cómo fue posible que un país se viera envuelto en tamaña espiral de horrores y violencia homicida, y acabara por suspender la conciencia. Aún así, no deja de ser un paso más en la interiorización de una memoria que reconoce su papel protagonista en tal locura y presenta una perspectiva menos *mitificada* de la guerra, donde se intenta asumir una parte de la carga de esta culpa colectiva (aunque no por entero) que los alemanes llevan consigo.

Bibliografía

<http://blogs.elpais.com/quinta-temporada/2013/09/hijos-tercer-reich-miniserie.html>

Barrenetxea, I.: “Stalingrado. Entre el cine, la historia y la memoria”, *Film-Historia*, vol. XXII, núm. 1 (2012), pp. 1-13.

Beevor, A.: *Stalingrado*, Barcelona: Crítica, 2000.

Beevor, A.: *La Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Pasado & Presente, 2012.

Bourke, J.: *Sed de sangre*, Barcelona: Crítica, 1999.

Browning, C. R.: *Aquellos hombres grises*, Barcelona: Edhasa, 2002.

Burleigh, M.: *El Tercer Reich*, Madrid: Taurus, 2002.

Buruma, I.: *El precio de la culpa. Cómo Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado*, Barcelona: Duomo Perímetro, 2011.

Ferro, M.: *Historia contemporánea y cine*, Barcelona: Ariel, 1995.

Fest, J.: *El hundimiento*, Barcelona: Círculo de lectores, 2003.

Friedländer, S.: *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939)*, Barcelona: Círculo de lectores, 2009a.

Friedländer, S.: *El Tercer Reich y los judíos (1939-1945)*, Barcelona: Círculo de lectores, 2009b.

- Fritzsche, P.: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona: Crítica, 2009.
- Gellately, R.: *No sólo Hitler*, Barcelona: Crítica, 2001.
- Grossman, V. e I. Ehrenburg: *El libro negro*, Barcelona: Círculo de lectores, 2011.
- Hasting, M.: *1914*, Barcelona: Crítica, 2013.
- Hilberg, R.: *La destrucción de los judíos europeos*, Barcelona: Akal, 2005.
- Johnson, E. A.: *El terror nazi*, Barcelona: Paidós, 2002.
- Jones, M.: *El trasfondo humano de la guerra*, Barcelona: Crítica, 2012.
- Kershaw, I.: *El mito de Hitler*, Barcelona: Paidós, 2003.
- Kershaw, I.: *El final. Alemania 1944-1945*, Barcelona: Península, 2013.
- Klemperer, V.: *Diarios 1933-1941*, Barcelona: Círculo de lectores, 2003a.
- Klemperer, V.: *Diarios 1942-1945*, Barcelona: Círculo de lectores, 2003b.
- Knopp, G.: *Los niños de Hitler*, Barcelona: Salvat, 2000.
- Lowe, K.: *Continente Salvaje*, Barcelona: Círculo de lectores, 2012
- Lower, W.: *Las arpías de Hitler*, Barcelona: Crítica, 2013.
- Mazower, M.: *El imperio de Hitler*, Barcelona: Crítica, 2008.
- Merridale, C.: *La guerra de los Ivenes*, Barcelona: Debate, 2006.
- Müller, E.: “Nuestras madres, nuestros padres”, *El País*, 9 de septiembre de 2013.
- Neitzel, S. y H. Welzer: *Soldados del Tercer Reich*, Barcelona: Crítica, 2012.
- Reed, L.: *Una guerra de exterminio*, Barcelona: Crítica, 2005.
- Rhodes, R.: *Amos de la muerte: los Einsatzgruppen y el origen del holocausto*, Barcelona: Seix Barral, 2003.
- Rosenstone, R. A.: *El pasado en imágenes*, Barcelona: Ariel, 1997.
- Snyder, T.: *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona: Círculo de lectores, 2011.
- Wette, W.: *La Wehrmacht. Los crímenes del ejército alemán*, Barcelona: Crítica, 2006.